

to de Wellington.—Avanzan á Castilla la Vieja los ejércitos franceses de Portugal y el norte.—Empieza Wellington á retirarse.—Maniobras de los ejércitos.—Repasa Wellington el Duero.—Unesele Hill.—Wellington en Salamanca.—Júntase José á los ejércitos suyos del norte y de Portugal.—Pasan los franceses el Tórmes.—Se retiran los ingleses via de Portugal.—Desórden en la retirada.—Cae prisionero el general Paget.—Entra Lord Wellington en Portugal.—Pasan á Galicia y Asturias el sexto ejército español y Porlier.—Defensa honrosa del castillo de Alba de Tórmes.—Cuarteles de Wellington en Portugal.—Dividense los franceses.—Vuelve José á Madrid.—Circular de Lord Wellington.—Pasa á Cádiz Lord Wellington.—Recibo lisonjero que se le hace.—Se le da asiento en las córtes.—Varias disposiciones de la regencia.—Nueva distribucion de los ejércitos españoles.—Pasa Wellington á Lisboa.—Se prepara á nuevas campañas.

EHISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION DE ESPAÑA.

LIBRO VIGÉSIMO.

TUMBO cierto y que conducia á puerto mas seguro y cercano, y tomó ahora la guerra peninsular. Decidido Lord Wellington á obrar activamente en lo interior de Castilla, constituyóse, por decirlo así, centro de todos los movimientos militares, que si bien eran ántes muchos y gloriosos, carecian de union, y no estribaban en una base sólida cual se requiere en la milicia para alcanzar pronto é inmediatos resultados.

Empezó el general ingles su marcha, y levantó sus reales de Fuenteguinaldo el 13 de junio. Llevaba repartido su ejército en tres columnas: la de la derecha, mandada por el general Graham, tomó el camino de Tamames; la del centro, á cuyo fren-

Campaña de
Salamanca.

Movimiento
de Wellin-
ton.

te se divisaba Lord Wellington, el de San Muñoz; y se dirigió al de Sancti Spiritus la de la izquierda mandada por Picton. Agregábase á la última la fuerza de Don Carlos de España que formaba como una cuarta columna. El 16 se pusieron los aliados sobre el Valmuza, riachuelo á dos leguas cortas de Salamanca, cuya ciudad evacuó aquella noche el ejército enemigo, yendo la vuelta de Toro, despues de dejar unos 800 hombres en las fortificaciones erigidas sobre las ruinas de conventos y colegios que los mismos franceses habian demolido.

Fuertes de Salamanca.

Tres eran los puntos fortalecidos que se contaban en Salamanca defendiéndose uno á otro por su posicion y distancia: el principal el de San Vicente, trazado en el sitio del colegio de benedictinos del propio nombre, que se hallaba colocado en el vértice del ángulo interior de la antigua muralla sobre un peñasco perpendicular al rio. Habian los franceses tapiado y aspillerado las ventanas del edificio, y unídole por cada lado con el antiguo recinto, tirando unas líneas que amparaban foso y camino cubierto, con escarpas y contraescarpas revestidas de mampostería. No resultaba encerrado dentro de aquellas el ángulo entrante del convento, y por eso le cubrieron con una batería de faginas, protegida de una pared ó muro atronerado, que tenia ademas por delante una empalizada. A la distancia de 250 varas levantábanse los otros dos fuertes ó reductos, el de San Cayetano y el de la Merced; el último cercano al rio. Llamábanse así por ha-

berse formado con los escombros de dos conventos de la misma denominacion, dispuestos por los franceses de manera que se convirtieron en dos fuertes con escarpas verticales, fosos profundos, y contraescarpas acasamatadas. Construyéronse varias obras á prueba de bomba, y otros reparos.

En el espacio intermedio de los puntos fortificados y en su derredor, como igualmente en otros parages, habian derribado los franceses para despejar el terreno, ó con otros intentos, muchos de los famosos edificios que adornaban á Salamanca. De veinticinco colegios, hubo veintidos mas ó ménos arruinados, señaladamente los de Cuenca y Oviedo, fundacion de los ilustres prelados Villaescusa y Muros; y el del Rey, magnífico monumento erigido en el reinado de Felipe II, segun el plan del muy entendido arquitecto Juan Gomez de Mora. ¡Suerte singular y adversa! Que cuanto la piedad y la ciencia de los españoles habia levantado en aquella ciudad, morada célebre del saber, casi todo fuese destruido ó trastornado por la mano asoladora de soldados de Francia, nacion por otra parte tan humana y culta.

Servian las fortificaciones allí construidas, no precisamente para reprimir á los habitantes de Salamanca, sino mas bien para vigilar el paso del Tórmes y su puente, antigüedad romana de las mas notables de España. Como le dominaban los fuegos del enemigo, tuvieron los ingleses que pasar el rio el dia 17 por los vados del Canto y San Martin, ase-

Los ataques Wellington.

te se divisaba Lord Wellington, el de San Muñoz; y se dirigió al de Sancti Spiritus la de la izquierda mandada por Picton. Agregábase á la última la fuerza de Don Carlos de España que formaba como una cuarta columna. El 16 se pusieron los aliados sobre el Valmuza, riachuelo á dos leguas cortas de Salamanca, cuya ciudad evacuó aquella noche el ejército enemigo, yendo la vuelta de Toro, despues de dejar unos 800 hombres en las fortificaciones erigidas sobre las ruinas de conventos y colegios que los mismos franceses habian demolido.

Fuertes de Salamanca.

Tres eran los puntos fortalecidos que se contaban en Salamanca defendiéndose uno á otro por su posicion y distancia: el principal el de San Vicente, trazado en el sitio del colegio de benedictinos del propio nombre, que se hallaba colocado en el vértice del ángulo interior de la antigua muralla sobre un peñasco perpendicular al rio. Habian los franceses tapiado y aspillero las ventanas del edificio, y unídole por cada lado con el antiguo recinto, tirando unas líneas que amparaban foso y camino cubierto, con escarpas y contraescarpas revestidas de mampostería. No resultaba encerrado dentro de aquellas el ángulo entrante del convento, y por eso le cubrieron con una batería de faginas, protegida de una pared ó muro atronero, que tenia ademas por delante una empalizada. A la distancia de 250 varas levantábase los otros dos fuertes ó reductos, el de San Cayetano y el de la Merced; el último cercano al rio. Llamábanse así por ha-

berse formado con los escombros de dos conventos de la misma denominacion, dispuestos por los franceses de manera que se convirtieron en dos fuertes con escarpas verticales, fosos profundos, y contraescarpas acasamatadas. Construyéronse varias obras á prueba de bomba, y otros reparos.

En el espacio intermedio de los puntos fortificados y en su derredor, como igualmente en otros parages, habian derribado los franceses para despejar el terreno, ó con otros intentos, muchos de los famosos edificios que adornaban á Salamanca. De veinticinco colegios, hubo veintidos mas ó ménos arruinados, señaladamente los de Cuenca y Oviedo, fundacion de los ilustres prelados Villaescusa y Muros; y el del Rey, magnífico monumento erigido en el reinado de Felipe II, segun el plan del muy entendido arquitecto Juan Gomez de Mora. ¡Suerte singular y adversa! Que cuanto la piedad y la ciencia de los españoles habia levantado en aquella ciudad, morada célebre del saber, casi todo fuese destruido ó trastornado por la mano asoladora de soldados de Francia, nacion por otra parte tan humana y culta.

Servian las fortificaciones allí construidas, no precisamente para reprimir á los habitantes de Salamanca, sino mas bien para vigilar el paso del Tórmes y su puente, antigüedad romana de las mas notables de España. Como le dominaban los fuegos del enemigo, tuvieron los ingleses que pasar el rio el dia 17 por los vados del Canto y San Martín, ase-

Los ataques de Wellington.

diando despues é inmediatamente los fuertes; para cuyo objeto destinaron la sexta division del cargo del general Clinton. Al penetrar los aliados por la ciudad, prorumpieron los vecinos en increíbles demostraciones de júbilo y alegría, no pudiendo contener sus pechos aliviados repentinamente de la opresion gravosa que los habia molestado durante tres años. Corrian todos á ofrecer comodidad y regalos á sus libertadores; y á la hora del pelear hasta las mugeres anduvieron solícitas, sin distincion de clase, en asistir á los heridos y enfermos. Superabundaron á los aliados en Salamanca víveres y todo lo necesario, especialmente buena y desinteresada voluntad, muestra del patriotismo de Castilla que les causó profunda y apacibilísima sensacion.

Los 800 franceses que guarnecian los fuertes habian sido entresacados de lo mas granado del ejército, y sus gefes eran mirados como selectos: al paso que los aliados, azarosos en esto del sitiar, se sorprendieron al ver obras mas robustas de lo que se imaginaban, hallándose por tanto desprevenidos para atacarlas, sin municiones ni tren correspondiente. Conociendo la falta, dieron modo de abastecerse de Almeida, principiando empero los trabajos y el fuego que continuaron hasta el 20, en cuyo dia tornó á aparecer el mariscal Marmont, apoyada su derecha en el camino real de Toro, su izquierda en Castellanos de los Moriscos, y colocado el centro en la llanura intermedia. Los aliados se si-

tuaron enfrente, teniendo la izquierda en un ribazo circuido por un barranco, el centro en San Cristobal de la Cuesta, y la derecha en una eminencia que hacia cara al Castellanos nombrado. Permanecieron en mutua observacion ambos ejércitos el 20, 21 y 22, sin mas novedad que una ligera escaramuza en este dia.

Tomaron por su parte diversas precauciones los sitiadores de los fuertes, desarmaron las baterías, y pasaron los cañones al otro lado del rio. Sin embargo, el 22 levantaron una nueva, con intento de apuntillar la gola del reducto de San Cayetano, y con la esperanza de apoderarse de esta obra, cuya ocupacion facilitaria la toma de San Vicente, la primera y mas importante de todas. Maltratado el parapeto y la empalizada de San Cayetano, resolvieron los sitiadores escalar el fuerte el 23, como asimismo el de la Merced; mas se les malogró la tentativa, pereciendo en ella 120 hombres y el mayor general Bowes.

En el propio dia Marmont, que ansiaba introducir socorro en los fuertes, varió de posicion tomando otra oblicua, de que se siguió quedar alojada su izquierda en Huerta de Tórmes, su derecha en las alturas cerca de Cabezavellosa, y el centro en Aldearabia. Lord Wellington, para evitar que al favor de este movimiento se pusiesen los enemigos en comunicacion con los fuertes por la izquierda del Tórmes, mudó tambien el frente de su ejército prolongando la línea, de forma que cubriese completa-

mente á Salamanca, y pudiese ser acortada en breve, caso de una reconcentraci6n repentina: se extendian los puestos avanzados á Aldealengua. El 24 ántes de la aurora 10,000 infantes franceses y 1,000 ginetes cruzaron el T6rmes por Huerta; contrapúsoles Wellington su primera y séptima divisi6n, que pasaron tambien el rio, al mando de sir Thomas Graham, juntamente con una brigada de caballería: se apostó lo restante del ejército ingles entre Castellanos y Cabrerizos. Hora de mediodía sería cuando avanzó el enemigo hasta Calvarraza de abajo; mas vislumbrando á sus contrarios apercebidos, y que estos le seguian en sus movimientos, paróse, y tornó muy luego á sus estancias del 23.

Se apodera
de ellos.

Entre tanto recibieron los ingleses el 26 las municiones y artillería que aguardaban de Almeida, y renovaron el fuego contra la gola del reducto de S. Cayetano, en la que lograron romper brecha á las diez de la mañana del día siguiente: al propio tiempo consiguieron tambien incendiar, tirando con bala roja, el edificio de San Vicente.

En tal apuro los comandantes de todos tres fuertes dieron muestra de querer capitular; pero sospechando Wellington que era ardid á fin de ganar tiempo y apagar el incendio, solo les concedió cortos minutos para rendirse, pasados los cuales ordenó que sin tardanza fuesen asaltados los reductos de San Cayetano y la Merced. Se apoderaron los aliados del primero por la brecha de la gola, del segundo por escala. Ent6nces el comandante del

fuerte de San Vicente pidió ya capitular, y Wellington accedió á ello, si bien enseñoreado de una de las obras exteriores. Quedó prisionera la guarnici6n, y obtuvo los honores de la guerra. Cogieron los ingleses vestuarios y muchos pertrechos militares, pues los enemigos habian considerado por muy seguros aquellos dep6sitos, en cuyas obras habian trabajado cerca de tres años, y expendido sumas cuantiosas. Eran acomodados los fuertes para resistir á las guerrillas, comprimir cualquiera alboroto popular, y evitar una sorpresa; no para contrarrestar el ímpetu de un ejército como el aliado. Despues de la toma se demolieron por inútiles, lo mismo que otras obras que habian levantado los franceses en Alba de T6rmes, de donde escarmentados sacaron á tiempo la guarnici6n. El mariscal Marmont, que no parecia sino que habia acudido á Salamanca para presenciar la entrega de los fuertes, se alejó la noche del 27, llevando distribuida su gente en tres columnas: una la vuelta de Toro, las otras dos hácia Tordesillas. Al retirarse, pusieron fuego los franceses á los pueblos de Huerta, Babila-Fuente, Villoria y Villorueta: causaron estrago en los demas, y talaron y quemaron la cosecha que ofrecía rico y precioso esquilmo. Prosiguieron los ingleses en su marcha el 28 tras sus contrarios, y poniéndose sobre el Trabáncos, se alojó su vanguardia en la Nava del Rey.

Tampoco se pararon aquí los franceses, juzgando prudente, ántes de emprender cosa alguna,

Va Wellington tras del ejército de Marmont.

aguardar refuerzos de su ejército del norte; por lo cual hostigados de los ingleses, atravesaron el Duero en Tordesillas el día 2 de julio por su hermoso puente, de estructura, según se cree, del tiempo de los reyes católicos. Situáronse en esta nueva estancia, apoyando su derecha en frente de Pollos, el centro en el mismo Tordesillas, y la izquierda en Simancas sobre Pisuerga. No desaprovechó Marmont aquí su tiempo; y tardando en llegar los refuerzos del ejército del norte, viendo también que la superioridad inglesa consistía principalmente en su caballería, trató de aumentar la suya propia, despojando de sus caballos á los que no correspondía tenerlos por ordenanza, y lo mismo á los que gozando de este derecho se hallaban con un número excedente de ellos; por cuyo medio aumentó su fuerza con más de 1,000 ginetes. También se aumentó esta con la división de Bonnet, que se juntó al ejército francés el 7 de julio, viniendo de Asturias por Reinosa.

Movimientos de los franceses y de los ingleses en el Duero.

Animado con esto Marmont, y sabedor además de que el sexto ejército español saliendo de Galicia, daba muestra de venir sobre Castilla, decidió repasar el Duero, y acercarse al inglés para empeñar batalla. Pero receloso de cruzar aquel río en presencia de ejército tan respetable, efectuó ántes marchas y contramarchas desde el 13 al 16 de julio, encaminándose orilla abajo hácia Toro, en donde empezó á ocuparse en reparar el puente que había destruido.

Durante este tiempo, lord Wellington había colocado en un principio su derecha en la Seca, y su izquierda en Pollos. Aquí existe un vado no muy practicable entónces para la infantería, así por su naturaleza, como por el lugar en que se alojaba el enemigo. No ofrece el Duero en su curso desde la union del Pisuerga, y aun quizá desde más arriba hasta la del Esla, muchos parages cómodos y apropiados para cruzarle delante de un enemigo que ocupe la derecha. Corre en gran parte por llanuras bastante anchas, solo ceñidas por ribazos y alturas más ó ménos lejanas del río; resultando de aquí que el sitio más acomodado para pasarle en todo aquel terreno, teatro á la sazón de los ejércitos beligerantes, era el de Castro Nuño, dos leguas corriente arriba de Toro, en donde se divisa un buen vado y una curva que forma el terreno, propicia á las operaciones de tropas que enseñoreen la margen izquierda.

Pensaba lord Wellington en verificar el paso, cuando advirtiendo el movimiento de Marmont hácia Toro, y aun noticioso de que algunas fuerzas francesas atravesaban el Duero el día 16 por el puente de aquella ciudad, se corrió sobre su izquierda, y trató de reconcentrarse á las márgenes del Guareña. Con efecto, hizo maniobrar en este sentido á todo su ejército, excepto á las divisiones primera y ligera con una brigada de caballería á las órdenes de sir Stapleton Cotton, fuerza apostada en Castrejon. Pero el mariscal francés, contramarchan-

Empieza Wellington á retirarse.

do entonces rápidamente, se dirigió en la noche del 16 al 17 sobre Tordesillas; cruzó el río, y juntó todo su ejército en la mañana del mismo día en la Nava del Rey, habiendo andado sin parar no menos de diez leguas. Con tan inesperado movimiento, no solo consiguió repasar el Duero y burlar la vigilancia de los ingleses, sino que puso casi á merced suya á Cotton, muy separado del cuerpo principal del ejército británico. Así fué que al amanecer del 18 le atacaron los franceses, y aun rodearon la izquierda de su posición por Alaejos. Dichosamente pudo Cotton, á pesar de fuerzas tan superiores, mantenerse firme, y dar tiempo á que acudiesen refuerzos de Wellington, que le ayudaron á replegarse ordenadamente, si bien hostigado por retaguardia y flanco, á Torrecilla de la Orden, y de allí á incorporarse al grueso del ejército aliado.

Colocáronse en seguida los franceses en unas lomas á la derecha del Guareña; y Wellington, después de situar en otras opuestas tres de sus divisiones, decidió que lo restante de su ejército atravesase aquel río por Vallesa, para impedir que el enemigo envolviese su derecha como intentaba.

Atravesó este también dicho río Guareña por Castrillo, tratando el general Clausel, que mandaba una de las columnas principales, de apoderarse de cierta situación ventajosa, y caer sobre la izquierda inglesa; operación que se le frustró con pérdida de bastantes prisioneros, entre ellos el general Carrier.

Varias maniobras de ambos ejércitos.

El 19 ya en la tarde sacó el enemigo muchos cuerpos de su derecha, y los trasladó á la izquierda; lo que obligó á Wellington á ejecutar maniobras análogas con el objeto de inutilizar cualquiera tentativa de sus contrarios. Se preparó también el general inglés á admitir batalla, si se la presentaban los franceses en las llanuras de Vallesa.

No era todavía tal la intención del mariscal enemigo, quien más bien quería maniobras que aventurar acción alguna. Así fué que en el día 20 se puso todo el ejército francés en plena marcha sobre su izquierda, y obligó á Wellington á emprender otra igual por su propia derecha; de que resultó el singular caso de que dos ejércitos enemigos, no detenidos por ningún obstáculo, y moviéndose por líneas paralelas á distancia cada uno de medio tiro de cañón, no empeñasen entre sí batalla ni reencuentro notable. Marchaban ambos aceleradamente y en masas unidas. Uno y otro se observaban, aguardando el momento de que su adversario cayese en falta.

Amaneció el 21, y reconcentrando lord Wellington su ejército hacia el Tórmes, se situó de nuevo en San Cristóbal, á una legua de Salamanca, posición que ocupó durante el asedio de los fuertes. Los franceses posaron aquel río por Alba, en donde dejaron una guarnición, alojándose entre esta villa y Salamanca. Atravesaron los aliados en seguida el Tórmes por el puente de la misma ciudad y por los vados inmediatos, y solo apostaron á la

Sitúase Wellington cerca de Salamanca.

márgen derecha la tercera division con alguna caballería.

Entónces se afianzó Wellington en otra posicion nueva: apoyó su derecha en un cerro de dos que hay cerca del pueblo, llamado de los Arapiles, y la izquierda en el Tórmes, mas abajo de los vados de Santa Marta. Los franceses situados al frente estaban cubiertos por un espeso bosque, dueños desde la víspera de Calvarrasa de arriba, y de la altura contigua apellidada de nuestra Señora de la Peña. A las ocho de la mañana desembocó rápidamente del mencionado bosque el general Bonnet, y se apoderó del otro Arapil, apartado mas que el primero de la posicion inglesa, pero muy importante por su mayor elevacion y anchura. Descuido imperdonable en los aliados no haberle ocupado ántes; y adquisicion ventajosísima para los franceses, como excelente punto de apoyo, caso que se trabase batalla. Conoció su yerro lord Wellington, y por lo mismo trató de enmendarle retirándose, no siéndole fácil desalojar de allí al enemigo, y temiendo tambien que le llegasen pronto á Marmont refuerzos del ejército frances del norte, y otros del llamado del centro con el rey José en persona; pero presuntuoso el mariscal frances, probó en breve estar léjos de querer aguardar aquellos socorros.

Batalla de Salamanca.

En efecto empezó á maniobrar y girar en torno del Arapil grande en la mañana del 22, ocupando ambos ejércitos estancias paralelas. Constaba el de los franceses, despues que se le habia unido Bon-

net, de unos 47,000 hombres: lo mismo poco mas ó ménos el de los anglo-portugueses. Apoyaba este su derecha en el pueblo de los Arapiles, delante del cual se levantan los dos cerros del propio nombre ya indicados; y su izquierda en Santa Marta. Afianzaba aquel sus mismos y respectivos costados sobre el Tórmes y Santa María de la Peña; Wellington trajo cerca de sí las fuerzas que habia dejado al otro lado del rio, y las colocó detras de la Aldea Tejada, al paso que los franceses favorecidos con la posesion del Arapil grande, iban tomando una posicion oblicua, que asegurarla fuera muy molesta para los aliados en su retirada.

Dióse prisa por tanto Wellington á emprender esta, y la comenizó á las diez de la mañana, ántes de que los contrarios pudiesen estorbar semejante intento. En él andaba, cuando observando las maniobras del enemigo, advirtió que queriendo Marmont incomodarle y estrecharle mas y mas, prolongaba su izquierda demasiadamente. Entónces con aquel ojo admirable de la campaña, tan solo dado á los grandes capitanes, ni un minuto transcurrió entre moverse el enemigo, notar la falta el ingles, y ordenar este su ataque para no desaprovechar la ocasion que se le presentaba.

Fué la embestida en la forma siguiente: reforzó Wellington su derecha, y dispuso que la tercera division bajo del general Pakenham y la caballería del general Urban con dos escuadrones mas, se adelantasen en cuatro columnas, y procurasen envol-

ver en las alturas la izquierda del enemigo, mientras que la brigada de Bradford, las divisiones quinta y cuarta del cargo de los generales Leith y Cole, y la caballería de Cotton le acometían por el frente, sostenidas en reserva por la sexta division del mando de Cliton, la Séptima de Hope, y la española regida por Don Carlos de España. Las divisiones primera y ligera se alojaban en el ala izquierda, y sonaban como de respeto. Además debía apoyar el general Pack la izquierda de la cuarta division, y arremeter contra el cerro del Arapil que enseñoreaba el enemigo.

Correspondió el éxito á las buenas disposiciones del general aliado. Flanqueó Pakenham al frances, y arrolló cuanto se le puso por delante. Las divisiones inglesas que atacaron al centro enemigo, desalojaron las tropas de este de una en otra altura, avanzando á punto de amenazar sus costados. No fué permitido con todo al general Pack apoderarse del Arapil grande, aunque le asaltó con el mayor denuevo: solo distrajo la atencion de los que le ocupaban.

Génerala los aliados.

En aquella hora, que era la de las cuatro y media de la tarde, al ver el mariscal Marmont arrollada una de sus alas y mal parado el centro, se dirigió en persona á restablecer la batalla; mas su mala estrella se lo impidió, sintiéndose en el mismo instante herido gravemente en el brazo y costado derecho: la misma suerte cupo á su segundo el general Bonnet, teniendo al cabo que recaer el mando en

el general Clausef. Contratiempos tales influyeron siniestramente en el ánimo de las tropas francesas: sin embargo, reforzada su izquierda, y señoras todavía las mismas del Arapil grande, hicieron cejar, muy maltratadas, á la cuarta division inglesa. Relevóla inmediatamente Wellington con la sexta, é introdujo de nuevo allí buena ordenanza, á punto que ahuyentó á los franceses de la izquierda, obligándolos á abandonar el cerro del Arapil. Manteníase no obstante firme la derecha enemiga, y no abandonó su puesto sino á eso del anochecer. Entónces comenzó á retirarse ordenadamente todo el ejército frances por los encinares del Tórmes. Persiguióle Wellington algun tanto, si bien no como quisiera, abrigado aquel de la oscuridad de la noche. Repasaron los enemigos el rio sin tropiezo, y continuaron los aliados el alcance. Cargaron estos la retaguardia francesa el 23, la cual abandonada de su caballería, perdió tres batallones. Los ingleses se pararon después en Peñaranda, reforzado el enemigo con 1,200 caballos procedentes de su ejército del norte.

Apellidaron los aliados esta batalla la de Salamanca, por haberse dado en las cercanías de aquella ciudad: los franceses, de los Arapiles, por los dos cerros que ántes hemos mencionado, cerros famosos en las canciones populares de aquel país, que recuerdan las glorias de Bernardo del Carpio¹.

[1 Ap. n. L.]

Sangrienta batalla por ambas partes; pues en ella y en sus inmediatas consecuencias, contaron los franceses entre los heridos á los arriba indicados

Marmont y Bonnet, y entre los muertos á los de la misma clase Ferey, Thomieres y Desgraviers. Ascendió á mucho su pérdida de oficiales y soldados, con 2 águilas, 6 banderas y unos 11 cañones: cerca de 7,000 fueron los prisioneros. Costó tambien no poco á los aliados la victoria, y no ménos que á 5,520 subieron los muertos y heridos: hubo de estos muchos gefes, y entre los primeros se contó al general Le Marchant. Don Cárlos de España y Don Julian Sanchez tuvieron algunos hombres fuera de combate; y aunque no tomaron parte activa en la batalla, por mantenerse de reserva con otras divisiones del ejército aliado, no por eso dejaron de ejecutar con serenidad y acierto las maniobras que les prescribió el general en jefe.

Gracias
concedidas á
Wellington.

En recompensa de jornada tan importante, y á propuesta de la regencia del reino, concedieron las córtes á Lord Wellington la órden del Toison de oro, regalándole el collar Doña María Teresa de Borbon, princesa de la Paz, conocida en este tiempo bajo el título de condesa de Chinchon; collar que habia pertenecido á su padre el infante Don Luis, y de que hacia don aquella señora á tan ilustre capitán, en prueba del aprecio y admiracion que le merecian sus altos hechos. Tambien recibió Lord Wellington del parlamento británico gracias, mercedes y nuevos honores.

Continúan re-
tirándose los
franceses.

Prosiguieron los franceses su retirada, y se concentraron en Tudela y Puente de Duero, á la derecha de este rio. Fueron tras ellos los ingleses,

si bien tenían que parar su consideracion en el rey José, que con la mayor parte de su ejército del centro y otras fuerzas se adelantaba por Castilla la Vieja.

Habia salido de Madrid el 21 de julio trayendo consigo mas de 10,000 infantes y 2,000 caballos. En su número se contaba la division italiana de Palombini, procedente de Aragon. Habíala llamado José para engrosar sus fuerzas, y en el mismo dia 21 habia entrado en Madrid. Estaban ya el 25 los puestos avanzados de este ejército en Blasco Nuño, y allí les cogieron los aliados unos cuantos de sus ginetes con 2 oficiales. Supo José á poco la derrota de Salamanca, y desde la fonda de San Rafael en donde se albergaba, tomó el 27 la ruta de Segovia, en cuyo punto adoptando una estancia oblicua sobre el Eresma, sin abandonar las faldas de las sierras de Guadarrama ni alejarse mucho de Madrid, conseguia proteger la marcha retrógrada de Clausel, amagando el flanco de los ingleses.

No dejó por eso lord Wellington de acosar á sus contrarios, obligándolos á continuar su retirada via de Burgos, y á abandonar á Valladolid. Entró en esta ciudad el general en jefe ingles el 30 de julio, y acogieronle los moradores con júbilo extremado.

Derramados los guerrilleros de Castilla la Vieja en torno del ejército británico, ayudaban á molestar al frances en su retirada, y el llamado Marquez cogió el mismo dia 30 en las cercanías de Valladolid unos 300 prisioneros.

Avanza Jo-
sé de Madri
á Castilla la
Vieja.

Guerrilleros
en Castilla.

Sexto ejército español.
Blequea varios puntos.

Toma el de Tordesillas.

Igualmente favoreció los movimientos de lord Wellington el sexto ejército español, compuesto en su totalidad de 15,300 hombres, entre ellos unos 600 de caballería. Se adelantó en parte desde el Vierzo aquende los montes, y bloqueó los puntos de Astorga, Toro y Tordesillas. En este pueblo abrigábanse fortificados en la iglesia 250 hombres, que se entregaron el 5 de agosto al brigadier Don Federico Castañón. Se metió al propio tiempo en España con la milicia portuguesa de Tras los Montes el conde de Amarante, y coadyuvó al plan general de los aliados cercando á Zamora.

No hizo en Valladolid larga parada lord Wellington, queriendo impedir la union que se anunciaba del ejército enemigo de Portugal hácia la parte superior del Duero, con el otro que mandaba José: por eso dejando al cuidado de su centro é izquierda el perseguimiento de Clausel, movió el general inglés su derecha á lo largo del Cega, y sentó sus reales en Cuellar el 1.º de agosto; dia en que aquel rey intruso, desistiendo de todo otro intento, abandonó á Segovia pensando solo en recogerse á Madrid. No dudó sin embargo Wellington en proseguir inquietándole, porque persuadido de que el ejército frances de Portugal, maltratado ahora, no podría en algun tiempo empeñarse en nuevas empresas, resolvió estrechar á José y forzarle á evacuar la capital del reino, cuya ocupacion por las armas aliadas resonaria en Europa, y tendria venturosas resultas.

Reenvia Wellington contra José.

Con este propósito levantó Lord Wellington sus cuarteles de Cuéllar el 6 de agosto; y atravesando por Segovia, llegó á San Ildefonso el 8, en donde hizo alto un dia para aguardar á que cruzase su ejército las sierras de Guadarrama. Habia dejado en el Duero al salir de Cuéllar la division del general Clinton, y la brigada de caballería del general Anson á fin de observar aquella línea. El grueso de su ejército viniendo la vuelta de Castilla la Nueva, pasó sin tropiezo alguno en los dias 9, 10 y 11 los puertos de Guadarrama y Navacerrada. El general d'Urban que precedia á todos con un cuerpo de caballería portuguesa y alemana y tropas ligeras, tropezó con 2,000 ginetes enemigos, que si bien al principio hicieron ademan de retirarse, tornaron en busca de los aliados, á quienes hallaron en frente de Majalahonda. Ordenó d'Urban el ataque, mas los portugueses aflojaron, dejando en poder del enemigo 3 cañones y al vizconde de Barbacena que se portó briosamente. Los alemanes que estaban formados detras del mismo pueblo de Majalahonda, sirvieron de amparo á los fugitivos y contuvieron á los franceses. Perdieron los aliados 200 infantes y 120 caballos en este reencuentro.

Reencuentro de Majalahonda.

Antes y desde que se susurró entre los parciales del gobierno intruso el progreso de los ingleses y su descenso por las sierras de Guadarrama, trataron todos de poner en salvo sus personas y sus intereses. Cualesquiera precauciones no eran sobradas: los partidarios que en todos tiempos batian sin ce-

Retirase José de Madrid.

Sexto ejército español.
Elecciones varios puntos.

Toma el de
Tordesillas.

Igualmente favoreció los movimientos de lord Wellington el sexto ejército español, compuesto en su totalidad de 15,300 hombres, entre ellos unos 600 de caballería. Se adelantó en parte desde el Vierzozo aquende los montes, y bloqueó los puntos de Astorga, Toro y Tordesillas. En este pueblo abrigábanse fortificados en la iglesia 250 hombres, que se entregaron el 5 de agosto al brigadier Don Federico Castañón. Se metió al propio tiempo en España con la milicia portuguesa de Tras los Montes el conde de Amarante, y coadyuvó al plan general de los aliados cercando á Zamora.

No hizo en Valladolid larga parada lord Wellington, queriendo impedir la union que se anunciaba del ejército enemigo de Portugal hácia la parte superior del Duero, con el otro que mandaba José: por eso dejando al cuidado de su centro é izquierda el perseguiimiento de Clausel, movió el general inglés su derecha á lo largo del Cega, y sentó sus reales en Cuellar el 1.º de agosto; dia en que aquel rey intruso, desistiendo de todo otro intento, abandonó á Segovia pensando solo en recogerse á Madrid. No dudó sin embargo Wellington en proseguir inquietándole, porque persuadido de que el ejército frances de Portugal, maltratado ahora, no podría en algun tiempo empeñarse en nuevas empresas, resolvió estrechar á José y forzarle á evacuar la capital del reino, cuya ocupacion por las armas aliadas resonaria en Europa, y tendría venturosas resultas.

Revueja
Wellington
contra José.

Con este propósito levantó Lord Wellington sus cuarteles de Cuéllar el 6 de agosto; y atravesando por Segovia, llegó á San Ildefonso el 8, en donde hizo alto un dia para aguardar á que cruzase su ejército las sierras de Guadarrama. Habia dejado en el Duero al salir de Cuéllar la division del general Clinton, y la brigada de caballería del general Anson á fin de observar aquella línea. El grueso de su ejército viniendo la vuelta de Castilla la Nueva, pasó sin tropiezo alguno en los dias 9, 10 y 11 los puertos de Guadarrama y Navacerrada. El general d'Urban que precedia á todos con un cuerpo de caballería portuguesa y alemana y tropas ligeras, tropezó con 2,000 ginetes enemigos, que si bien al principio hicieron ademan de retirarse, tornaron en busca de los aliados, á quienes hallaron en frente de Majalahonda. Ordenó d'Urban el ataque, mas los portugueses aflojaron, dejando en poder del enemigo 3 cañones y al vizconde de Barbacena que se portó briosamente. Los alemanes que estaban formados detras del mismo pueblo de Majalahonda, sirvieron de amparo á los fugitivos y contuvieron á los franceses. Perdieron los aliados 200 infantes y 120 caballos en este reencuentro.

Reencuentro de Majalahonda.

Antes y desde que se susurró entre los parciales del gobierno intruso el progreso de los ingleses y su descenso por las sierras de Guadarrama, trataron todos de poner en salvo sus personas y sus intereses. Cualesquiera precauciones no eran sobradas: los partidarios que en todos tiempos batian sin ce-

Retirase José de Madrid.

BIBLIOTECA CENTRAL

sar los caminos y sitios cercanos á la capital, habian acrecido ahora su audacia, y apenas consentian que impunemente ningun frances suelto ni aficionado suyo asomase por fuera de sus cercas.

En momento tan crítico renovóse hasta cierto punto el caso del dia de Santa Ana en el año de 1809. Azorados los comprometidos con el gobierno intruso, acongojábanse, y previendo un porvenir desventurado, enfardelaban y se disponian á ausentarse. Los que les eran opuestos corrian alborozados las calles, y se agolpaban á las puertas por donde presumian entrasen los que miraban como libertadores. Llegó el 11 de agosto, y José salió de Madrid con parte de su ejército encaminándose al Tajo: hicieron lo mismo en la mañana del dia siguiente aun temprano las fuerzas que quedaban dentro y demas allegados, dejando tan solo en el Retiro una guarnicion de 2,000 hombres con el especial objeto de custodiar á los enfermos y heridos.

Entran los aliados en la capital.

Dadas las diez y echadas las campanas á vuelo, empezaron poco despues á pisar el suelo de la capital los aliados y varios gefes de guerrillas, señaladamente entre ellos Don Juan Martin el Empecinado y Don Juan Palarea. No tardó en presentarse por la puerta de San Vicente Lord Wellington, á quien salió á recibir el ayuntamiento formado de nuevo, y le llevó á la casa de la villa, en donde asomándose al balcon acompañado del Empecinado, fué saludado por la muchedumbre con gran-

des aclamaciones. Se le hospedó en palacio en alojamiento correspondiente y suntuoso. Las tropas todas entraron en la capital en medio de muchos vivas, habiéndose colgado y adornado las casas como por encanto. Obsequiaron los moradores á los nuestros y á los aliados con esmero y hasta el punto que lo consentian las estrecheces y la miseria á que se veian reducidos. Las aclamaciones no cesaron en muchos dias, y abrazábanse los vecinos unos á otros, gozándose casi todos no ménos en el contentamiento ageno que en el propio.

Recayó el nombramiento de gobernador de Madrid en Don Carlos de España; y el 13 por orden de Lord Wellington, conforme á lo dispuesto por la regencia del reino, se proclamó la constitucion formada por las córtes generales y extraordinarias. Presidieron el acto Don Carlos de España y Don Miguel de Alava. El concurso numerosísimo, los aplausos universales. Se prestó el juramento el 14 por parroquias, segun lo prevenido en decreto de 18 de marzo del año en que vamos. Los vecinos acudieron con celo vivísimo á cumplir con este deber, pronunciando dicho juramento en voz alta, y apresurándose espontáneamente muchos á responder aun ántes que les llegase su turno, considerando en este acto no solo la constitucion en sí misma, sino tambien y mas particularmente creyendo dar en él una prueba de adhesion á la causa de la patria y de su independencia. Don Carlos de España, y Don Miguel de Alava prestaron el jura-

Publicase
y júrase la
Constitucion.